

Hispania, LX/2, núm. 205 (2000)

LOS ORÍGENES SOCIALES DEL FRANQUISMO.

por

ROQUE MORENO FONSERET
FRANCISCO SEVILLANO CALERO
Universidad de Alicante

RESUMEN: *El presente trabajo destaca la importancia del estudio de los apoyos sociales y de la representación simbólica de lo social en la dictadura franquista. Este enfoque permite interpretar el franquismo no sólo como el resultado de una «contrarrevolución» preventiva, puntualizándose el papel de la clase empresarial y el avance de la visión corporativa de la sociedad, sino también como la encarnación de una idea profundamente reaccionaria y tradicional de España que estuvo en el centro del universo simbólico de muchos españoles, trascendiendo divisiones sociales y territoriales. El análisis de los militantes y de los jefes locales de FET y de las JONS en la posguerra, así como de los componentes de las instituciones municipales en 1948, permite establecer unas conclusiones acerca de las bases sociales de la dictadura.*

PALABRAS CLAVE: España, Siglo XX. Franquismo. Apoyos sociales. Universo simbólico. Ideología.

ABSTRACT: *This paper emphasises the importance of the social basis and the symbolic representation of society in Franco's dictatorship. This approach sees the period not just as the result of a preventive «counterrevolution», but also as the incarnation of a deeply reactionary and traditional idea of Spain, that lay at the center of the symbolic universe of many Spanish people, transcending social and territorial divisions. The analysis of the militants and the local chiefs of FET y de las JONS in the postwar, as well as the components of the municipal institutions in 1948, permits us to establish some conclusions regarding the social basis of the dictatorship.*

KEY WORDS: Spain. Franco dictatorship. Ideology. FET y de las JONS. Municipal institutions.

La cuestión de las bases sociales del poder apenas ha suscitado interés en el estudio del franquismo, y más ampliamente de la política española en el período

Hispania, LX/2, núm. 205 (2000) 703-724

do contemporáneo. Las escasas observaciones sobre el tema de los apoyos de la dictadura franquista continúan atrapadas en los esquemas conceptuales que desde mediados de la década de 1960 sirvieron para contrastar la teoría del totalitarismo y desentrañar la *naturaleza* del franquismo¹. Más allá de ese debate, la aproximación específica a este aspecto de las relaciones entre la dictadura y la sociedad española hace necesario un mayor fundamento empírico para su análisis y un más amplio recurso a la comparación histórica para su interpretación. Cabe destacar, al respecto, la importancia que la representación de lo social tiene en el estudio de las bases del poder. Este enfoque, que insiste en la centralidad de la representación cultural a partir de los esquemas de percepción e interpretación del mundo social en cada contexto particular, remite a asuntos como las bases de legitimación, el consenso y la dimensión simbólica de la política.

Precisamente, la atención a la ideología y a la movilización de las masas ha permitido renovar el conocimiento historiográfico de los orígenes del fascismo y de la transformación de la derecha europea a partir del trasfondo que supuso la nueva articulación del nacionalismo y la irrupción de las masas desde finales del siglo XIX y, sobre todo, después de la «Gran Guerra». Como muestra de las relaciones entre cultura y acción colectiva, este trasfondo permite flexibilizar las rígidas explicaciones estructurales que insisten en el carácter determinante de las condiciones socioeconómicas y de las divisiones de clase en la ruptura que supuso el franquismo, para valorar el peso de los procesos simbólicos colectivos y de la interpretación de sus circunstancias por los individuos en la articulación más autónoma de los movimientos sociales.

La atención a la construcción de la identidad colectiva, a la percepción de los propios intereses y a las luchas de representación entre universos simbólicos antagónicos constituye un campo atractivo para interpretar el alcance de las prácticas y los comportamientos colectivos. Un planteamiento que permite entender la dictadura franquista no sólo como el resultado de una *contrarrevolución* preventiva, sino también como la encarnación política de una idea profundamente reaccionaria y tradicional de España que, trascendiendo divisiones sociales y territoriales claras, estuvo en el centro del universo simbólico de muchos españoles, espoleados por el miedo a la revolución. Pero fueron las circunstancias que siguieron al fracaso del golpe de Estado y al estallido de la guerra civil en julio de 1936 las que acabaron construyendo los mitos del *nuevo Estado*², dejándose arrastrar muchos de quienes apoyaron la dictadura por aquellas circunstancias excepcionales.

¹ Sobre este debate, véase SEVILLANO CALERO, F.: «Totalitarismo, fascismo y franquismo: el pasado y el fin de las certidumbres después del comunismo», en MORENO FONSERET, R. y SEVILLANO CALERO, F. (ed.): *El franquismo. Visiones y balances*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999, págs. 13-26.

² Sobre tales aspectos, véase REIG TAPIA, A.: *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*. Madrid, Alianza Editorial, 1999.

1. BASES SOCIALES Y PODER EN EL FASCISMO EUROPEO

Las primeras observaciones sobre los orígenes sociales del fascismo coincidieron con su misma irrupción en el panorama político europeo y la subsiguiente polémica en torno a la *naturaleza* del fenómeno fascista³. En 1923, el liberal Luigi Salvatorelli sugirió la importancia de la pequeña burguesía en el fascismo italiano, señalando que «el fascismo, por consiguiente, representa la 'lucha de clase' de la pequeña burguesía, encastrada entre capitalismo y proletariado, como tercera fuerza entre los dos litigantes»⁴. Por entonces, también comenzó a difundirse la visión marxista del fascismo como «agente» del gran capital, que se convirtió en la interpretación ortodoxa del fascismo adoptada por la Internacional Comunista. Sin embargo, algunos teóricos marxistas consideraron que esta definición debía ser matizada, puesto que resultaba evidente que el fenómeno fascista era un movimiento de masas. Así, en 1935 el dirigente comunista Palmiro Togliatti caracterizó el fascismo como un «régimen reaccionario de masa», destacando el papel de la pequeña burguesía urbana en Italia⁵. Después de la Segunda Guerra Mundial, la explicación del fascismo como expresión del radicalismo pequeño burgués acabaría siendo ampliamente aceptada en los ámbitos académicos, coincidiendo con la explicación del fenómeno fascista desde la óptica del enfoque totalitario. Este fue el caso del influyente politólogo norteamericano Seymour L. Lipset, quien señaló que el fenómeno fascista era la expresión del «extremismo de centro» de la pequeña burguesía en declive durante el proceso de modernización⁶. Asimismo, el desaparecido historiador Renzo De Felice sostuvo que el fascismo en Italia fue un movimiento revolucionario de «clases medias emergentes» (y no de clases medias desclasadas como en el caso del totalitarismo alemán), que aspiraba a controlar el poder político desplazando a la vieja clase dirigente. Sólo la alianza y el sometimiento final del régimen fascista a las fuerzas tradicionales, apuntaba De Felice, conduciría a su fracaso como movimiento revolucionario, interpretación que ha sido mantenida con diversos matices por otros historiadores⁷.

³ Como aproximación para el caso de Italia hay que citar TRANIELLO, F.: «Historiografía italiana e interpretaciones del fascismo», en *Ayer*, n.º 36 (1999), págs. 177-200 y, más ampliamente, DE BERNALDI, A. y GUARRACINO, S. (eds.): *Il fascismo. Dizionario di storia, personaggi, cultura, economia, fonti e dibattito storiografico*, Milán, Mondadori, 1998.

⁴ *Vid.*, de este autor, su obra *Nazionalfascismo*, aparecida originalmente en 1923 (más tarde reeditada, con prólogo de G. Amendola, en Turín, Einaudi, 1977, pág. 12).

⁵ Algunos de los ensayos de P. Togliatti aparecieron en *Lezioni sul fascismo*, obra que, con prólogo de E. Ragonieri, fue editada por Editori Riuniti, Roma, en 1970.

⁶ LIPSET, S. M.: *El hombre político. Las bases sociales de la política*, Madrid, Tecnos, 1987, págs. 113-152 (ed. or. en inglés de 1959).

⁷ DE FELICE, R.: *Le interpretazioni del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1969 y, del mismo autor, *Intervista sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1975.

Esta larga tradición interpretativa sobre la importancia de la pequeña burguesía radicalizada en el ascenso del fascismo comenzó a ser contrastada en los años ochenta, cuando el concepto de «totalitarismo» era ya ampliamente criticado. Desde entonces, se han multiplicado los esfuerzos por precisar y delimitar el fenómeno del fascismo mediante una doble tarea de demarcación conceptual e investigación empírica, sobre todo a través de la adecuada *historización* de los casos paradigmáticos de Italia y Alemania. En general, tales trabajos han seguido muy de cerca las aportaciones que otras disciplinas han hecho en relación con las bases sociales de la política y el comportamiento electoral. Sobresale así la superación del enfoque de clase como principal factor explicativo en favor de la importancia de los factores partidistas y psicológicos en el comportamiento político (yéndose desde las estrategias y los discursos de los nuevos partidos de masas hasta las experiencias de aprendizaje y los intereses de los individuos), al igual que otros factores sociales no clasistas, como la religión, la identidad regional o la lengua. Este renovado interés de la historiografía acerca de las raíces sociales del fascismo también ha contribuido a plantear nuevos interrogantes, sobre todo por la escasa precisión del propio concepto de pequeña burguesía, terminándose por englobar las explicaciones sociológicas del fascismo en un marco interpretativo más amplio⁸.

En particular, los estudios sobre el nacionalsocialismo alemán han sido los que han ofrecido una interpretación alternativa al rechazar el carácter exclusivamente pequeño burgués de los apoyos sociales al nazismo. A partir del análisis electoral, Richard Hamilton criticaba la idea de que la pequeña burguesía estuviera predeterminada a apoyar al nazismo como consecuencia del desarrollo económico y social general, abandonando el análisis de clase en beneficio de los factores políticos para comprender la diversidad social de los apoyos al partido nazi⁹. No obstante, y asimismo desde la sociología electoral, Thomas Childers no compartía una dicotomía tan radical entre factores económicos y políticos, retomando el análisis estructural de clase para entender el proceso gradual por el que, a partir de su núcleo central de apoyo electoral entre las clases medias bajas entre 1924 y 1928, el partido nazi se convirtió en algo más que un partido de *desclasados* y de pequeños burgueses inadaptados al obtener también el apoyo de la clase media alta y de los trabajadores de cuello blanco¹⁰. Asimismo, Detlef Mühlberger ha observado que todas las clases sociales apoyaron al na-

⁸ En este sentido, un hito importante fue la publicación de las contribuciones habidas en el congreso internacional sobre el fascismo europeo que tuvo lugar en la ciudad noruega de Bergen en 1974: LARSEN, S. U.; HAGTVET, B. y MYKLEBUST, J. P. (eds.): *Who were the fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen-Oslo-Tromsø, Universitetsforlaget, 1980. Recientemente, esta obra colectiva ha sido traducida al italiano con el título *I fascisti. Le radici e le cause di un fenomeno europeo*, Florencia, Ponte alle Grazie, 1996.

⁹ HAMILTON, R. F.: *Who Voted for Hitler?*, Princeton University Press, 1982.

¹⁰ CHILDERS, T.: *The Nazi Voter. The Social Foundation of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983.

zismo, como muestra la afiliación al NSDAP, si bien no todos los grupos lo hicieron por igual y en el mismo momento¹¹. Ante tales observaciones, Peter Baldwin señaló que, si bien el apoyo popular al nazismo varió a lo largo de toda su trayectoria, cabe preguntarse si alguno de esos grupos constituyó específicamente la base social del nacionalsocialismo, estableciendo una sugerente distinción entre el «apoyo directo» en los primeros tiempos del partido nazi y el posterior aumento del «apoyo táctico» al partido conforme iba concentrando más poder¹². La atención también se ha centrado en la importancia de la dimensión simbólica de la política en los procesos de movilización social, como fue el caso de las estrategias discursivas y las motivaciones de políticos, ciudadanos y grupos de poder. En este sentido, se ha insistido en el cambio de estrategia del NSDAP a partir de 1928, al apropiarse propagandísticamente del lenguaje centrado en el *Stand* o intereses ocupacionales de cada grupo, convirtiéndose el partido nazi en un «partido protesta» por la afluencia de gran cantidad de voto volátil de electores insatisfechos¹³. Así, William Brustein ha puesto de manifiesto como el creciente apoyo electoral al partido desde 1925 obedeció principalmente al atractivo de sus programas económicos, que ofrecían soluciones a las necesidades materiales de millones de alemanes, entre los que también se encontraba una parte destacada de los trabajadores¹⁴. Sin embargo, no pueden subestimarse las motivaciones irracionales y emocionales que subyacen también en todo proceso de movilización política, en especial el sentimiento nacional y el propio populismo.

Coincidiendo con quienes destacan la importancia de la ideología como rasgo definitorio del fascismo, Rogger Griffin definía el «fascismo genérico» como una ideología política cuya esencia mítica es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista¹⁵. Hace ya algunos años, el desaparecido historiador George L. Mosse interpretó el nacionalsocialismo justamente como una

¹¹ Vid., de este autor, «Germany», en MÜLBERGER, D. (ed.): *The Social Basis of European Fascists Movements*, Londres, Croom Helm, 1987, págs. 40-139 y *Hitler's Followers. Studies in the Sociology of the Nazi Movement*, Londres, Routledge, 1991. Un exhaustivo estudio de los diferentes grupos que apoyaron al nazismo puede verse en KATER, H.: *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983.

¹² BALDWIN, P.: «Social Interpretations of Nazism: Renewing a Tradition», *Journal of Contemporary History*, vol. 25 (1990), págs. 5-37.

¹³ Vid. CHILDERS, T.: «The Middle Classes and National Socialism», en BLACKBOURN, D. y EVANS, R. J. (eds.): *The Germany Bourgeoisie. Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century*, Londres, Routledge, 1991, págs. 318-337.

¹⁴ BRUSTEIN, W.: *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933*, New Haven, Yale University Press, 1996.

¹⁵ GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Londres, Pinter Publishers, 1991, pág. 26. Este mismo autor ha editado una amplia recopilación de textos al respecto en *Fascism*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1995. Como respuesta a las tesis de R. Griffin véase ROBERTS, D.: «How not to Think about Fascism and Ideology, Intellectual Antecedents and Historical Meaning», *Journal of Contemporary History*, vol. 35 (2000), págs. 185-210.

«revolución cultural» que hundía sus orígenes en la tradición concreta del pueblo alemán desde principios del siglo XIX, destacando la importancia de la estética, la «religión laica» y los mitos en la nacionalización y la movilización de las masas¹⁶. En la misma línea interpretativa, Emilio Gentile insistió en la importancia que, también en la Italia fascista, tuvo la exaltación de la «comunidad nacional» mediante la «sacralización» de la política, como se proyectó en el simbolismo político, los ritos, las concentraciones y el arte monumental¹⁷. Por otra parte, coincidiendo con la evidencia de un «compromiso» táctico entre el sistema de poder fascista y el bloque dominante (ya constatado en 1942 por Franz Neumann al hablar de la existencia de un *cartel* de poder en la Alemania nazi¹⁸), Ian Kershaw observaba, a partir de las premisas weberianas de la legitimidad del poder, que el «mito de Hitler» constituyó justamente un factor esencial de integración y de estabilidad del Estado nazi como consecuencia del «carisma» de su líder, de forma que la autoridad del *Führer* equivalió a un componente independiente y dominante del *cartel* de poder¹⁹. En este punto, es en el que hay que reinterpretar la centralidad del universo simbólico de la concepción totalitaria de la política y de su sistema de poder en los fascismos europeos. La dimensión carismática del *Duce* también adquirió una posición central y predominante en la Italia fascista como forma de religión política destinada a la movilización de las masas y a su integración en el *nuevo Estado* a través del partido totalitario²⁰.

¹⁶ La dimensión simbólica e irracional que caracterizó la autorrepresentación del fascismo como «religión laica», imbuida por los sentimientos y orientada hacia un fin trascendente a través de la «nacionalización de las masas», fue magistralmente destacada por este autor en *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, Fertig, 1975 (hay trad. italiana: *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimento di massa in Germania (1812-1933)*, Bologna, Il Mulino, 1975). Diversos artículos de G. L. Mosse aparecen recogidos en *Fascist revolution: Toward a general theory of fascist*, Nueva York, H. Fertig, 1999.

¹⁷ GENTILE, E.: *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993, sin olvidar su artículo «Fascism as Political Religion», *Journal of Contemporary History*, vol. 25 (1990), págs. 229-251. La idea de estudiar el fascismo italiano como una «sociedad del espectáculo» puede verse en FALASCA-ZAMPONI, S.: *Fascist Spectacle. The Aesthetics of power in Mussolini's Italy*. Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1997.

¹⁸ NEUMANN, F.: *Bebemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, Madrid, FCE, 1983 (ed. or. en inglés de 1942).

¹⁹ Además de *The 'Hitler Myth'. Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Clarendon Press, 1987 (ed. or. en alemán de 1980), véanse de este historiador «Le «Mythe du Führer» et la dynamique de l'état nazi», *Annales ESC*, vol. 43, n.º 3 (mayo-junio 1988), págs. 593-614 y «El Estado Nazi: ¿Un Estado excepcional?», *Zona Abierta*, n.º 53 (octubre-diciembre de 1989), págs. 119-148, sin olvidar su biografía *Hitler 1889-1936*, Barcelona, Península, 1999.

²⁰ Vid. GENTILE, E.: «El fascismo y la vía italiana al totalitarismo», en PÉREZ LEDESMA, M. (Comp.): *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1997, págs. 17-35. Hay que citar, además de la monumental obra de Renzo de Felice sobre Mussolini, los trabajos de PASSERINI, L.: *Mussolini immaginario. Storia di una biografia 1915-1939*, Roma-Bari, Laterza, 1991, así como de IMBRIANI, A.M.: *Gli Italiani e il Duce. Il mito e l'immagine di Mussolini negli anni del fascismo (1938-1943)*, Nápoles, Liguori Editore, 1992.

2. LA TRADICIÓN REACCIONARIA ESPAÑOLA Y LOS ORÍGENES DEL FRANQUISMO

El contexto que caracterizó la quiebra de los Estados liberales en Europa es el punto de referencia que permite comprender los orígenes del *nuevo Estado* franquista. Así, hay que valorar no sólo la profundidad de la crisis social, sino igualmente sus raíces culturales y la concreción ideológica de un proyecto político que, más allá de las divisiones de clase, permitiera la consecución de apoyos en el espacio público, como sucedió con la dinámica histórica de los movimientos fascistas y su compleja relación con la trayectoria de la «nueva derecha» europea. Es necesario puntualizar que, como movimientos, partidos e ideologías políticas, el fascismo y las distintas tendencias del conservadurismo ocuparon muy diferentes posiciones dentro de la derecha en el primer tercio del siglo XX, convergiendo en algunos puntos y divergiendo en otros²¹. Cuando el fascismo no había comenzado todavía su andadura política antes de 1918, el conservadurismo europeo ya había experimentado una subversión de carácter autoritario y corporativista como consecuencia de su resistencia al nuevo avance de la modernización desde finales del siglo XIX, constituyendo esta evolución la base ideológica común de las complejas relaciones que existieron entre el conservadurismo y el fascismo en los años veinte y treinta²².

El franquismo tiene así sus orígenes en la trayectoria seguida por el reaccionarismo español durante la crisis del sistema político de la Restauración y del naufragio de la experiencia autoritaria que significó la dictadura de Primo de Rivera, como lo pone de manifiesto la activación de la extrema derecha contrarrevolucionaria en el período republicano²³. Hay que precisar que la articulación de un nuevo proyecto político en el conjunto de la derecha española no sólo fue tardío, sino que la propia debilidad del conservadurismo liberal y el catolicismo político para reconducir la experiencia democrática de la República acabó por evidenciar el arraigo del discurso del tradicionalismo integrista procedente de la extrema derecha, que, durante la primavera de 1936, encontró en un sector del Ejército la salvaguarda del viejo orden social y del universo simbólico tradicional que se creían en peligro. De este modo, el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 no resultó la consecuencia lógica del «fracaso» del proceso de modernización en España, sino la derivación reaccionaria que este proyecto provocó en un sector de la derecha española y en la Iglesia católica,

²¹ Vid. BLINKHORN, M.: «Introducción. Allies, rivals or antagonists? Fascists and Conservatives in Modern Europe», en BLINKHORN, M. (ed.): *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth Century Europe*, Londres, Unwin Hyman, 1990, pág. 14.

²² *Ibidem*, pág. 3 y sigs.

²³ Además de las diferentes contribuciones recogidas en TUSELL, J.; MONTERO, F. y MARÍN, J. M.ª (eds.): *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona, Anthropos/UNED, 1997, véanse las aportaciones de RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 y GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

excitadas desde 1917 por el miedo a la revolución. El discurso ideológico de la extrema derecha contrarrevolucionaria ejerció consiguientemente un notable influjo en el conjunto de la derecha española, difuminándose sus presupuestos esenciales con el universo simbólico de una amplia base social que se sintió atraída por un discurso alejado incluso de la nueva línea modernizadora de la derecha nacionalista europea²⁴. Este fue el caso de un amplio sector del campesinado, integrado por pequeños y medianos propietarios agrarios (sobre todo del interior peninsular), que en buena media mantuvieron su apoyo a la dictadura primorriverista, constituyendo luego una parte importante de la base electoral del conservadurismo y de la derecha católica en la República, para acabar secundando la sublevación militar de julio de 1936²⁵.

Hasta aquel momento, la derecha autoritaria alfonsina había protagonizado la trama civil de la rebelión militar, siendo el grupo político que mantenía mejores relaciones con los poderes económicos que apoyaron el golpe de Estado²⁶. En este proceso de subversión política, hay que precisar el protagonismo de los grandes propietarios agrarios y la alta burguesía industrial y financiera, sobresaliendo la presencia de los poderes económicos en la política desplazando el papel de las instituciones representativas, como sucedió con el nuevo asociacionismo empresarial y patronal a partir de 1914²⁷. Sin embargo, en los últimos años se ha procedido a revisar el papel que la burguesía y sus organizaciones jugaron en el deterioro del sistema de la Restauración y, por extensión, en la implantación de los regímenes dictatoriales, huyendo de lo que se consideran visiones reduccionistas que atribuyen directamente a la burguesía el desarrollo global del proceso político. A partir del estudio de las organizaciones patronales, se ha afirmado que el empresariado no actuó como bloque uniforme, sino que los logros en política económica fueron el resultado de la convergencia impremeditada de toda una serie de intereses particulares canalizados de forma

²⁴ Vid. GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, cuyas propuestas contradicen las conclusiones aportadas en su día por Raúl Morodo en *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985 (esta obra fue publicada originalmente en 1980).

²⁵ Vid. BLANCO RODRÍGUEZ, J. A.: «Sociedad y régimen en Castilla y León bajo el primer franquismo», *Historia Contemporánea*, n.º 17 (1998), págs. 359-385.

²⁶ Para la trayectoria de los monárquicos alfonsinos, véase GIL PECHARROMÁN, J.: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema, 1994.

²⁷ Sobre esta cuestión, resultan muy sugerentes las tesis expuestas en MAIER, Ch. S.: *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*, Madrid, Ministerio de Trabajo y SS, 1988 (ed. or. en inglés de 1975). Entre las primeras aportaciones al respecto para España, hay que citar ELORZA, A.; ARRANZ, L. y REY, F. del: «Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración», en GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.): *La crisis de la Restauración. España entre la Primera Guerra Mundial y la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1986, págs. 5-50.

individualizada²⁸. Habría que hablar, de este modo, de una instrumentación recíproca, con una tensión permanente que podía desembocar en la ruptura entre ambos agentes, pues, en definitiva, la política tuvo precedencia sobre los intereses y los conflictos de clase, y la clase política gozó de autonomía frente a la sociedad civil²⁹.

Si bien el camino hacia el capitalismo monopolista provocó la fractura de la burguesía por sus intereses contrapuestos y, sobre todo, el desplazamiento de la pequeña burguesía, que planteó como alternativa opciones antioligárquicas, hay que insistir en el éxito de los grupos de presión empresariales en España en su búsqueda de protección estatal frente a la competencia exterior, sin olvidar que sus actitudes políticas fueron de ruptura con el sistema de la Restauración, como se evidenció en 1923. Esta trayectoria ha sido considerada señal indiscutible de la formación y el desarrollo de poderosos *lobbies*, de la coalición de los intereses patronales y del establecimiento de un liderazgo fuerte en el empresariado, cuya influencia sobre el aparato estatal se manifestó sobre todo en la consecución de mecanismos de eliminación de la competencia, el establecimiento de un sistema económico nacionalista y el freno de proyectos políticos modernizadores³⁰. Esta interpretación destaca como la coyuntura crítica vivida en España durante los años de la Primera Guerra Mundial provocó indirectamente un fortalecimiento de las grandes organizaciones patronales que, ante la pérdida de legitimidad de la representación política inorgánica, plantearon diversas fórmulas corporativistas como la mejor alternativa para participar activamente en los canales de representación política. Una deslegitimación del régimen liberal a la que, por otra parte, contribuyeron decisivamente los empresarios y propietarios agrarios con su discurso público reaccionario. La vitalidad mostrada por las organizaciones patronales coincide con un momento de crítica exacerbada a la clase política y de demanda de soluciones autoritarias y corporativistas, que eran compartidas por otros sectores de la sociedad (en consonancia con el espíritu regeneracionista). Así, se ha destacado la paulatina asunción por la mentalidad y la ideología de los grupos funcionariales y profesionales de las clases medias de formas corporativas de organización, de manera que los conflictos profesionales planteados desde 1916 contribuyeron a debilitar el poder público³¹.

²⁸ Vid. CABRERA, M.: *La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia (1931-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1983 y REY REGULLO, F. del: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1992, y, de ambos autores, *Corporativismo y articulación de intereses económicos en la España contemporánea*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1996.

²⁹ Vid. CABRERA, M.: «La modernización política. Los empresarios en la historia de España», *Papeles de Economía Española*, n.º 73 (1997), págs. 272-284.

³⁰ Vid. FRAILE BALBÍN, P.: *Industrialización y grupos de presión. La economía política de la protección en España 1900-1950*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

³¹ Vid. VILLACORTA BAÑOS, F.: *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

El inicio del corporativismo español se sitúa, pues, en aquellos momentos, desembocando durante la dictadura de Primo de Rivera en lo que se ha denominado «corporativismo social», que siguió sobre todo la tendencia del catolicismo social, contribuyendo decisivamente a la articulación de una amplia gama de intereses³². En particular, la dictadura buscó este cambio institucional desde finales de 1926, justo cuando entró en una crisis que la fue privando de sus apoyos, lo que imposibilitó que la experiencia corporativa fuera más allá de meros proyectos en muchas ocasiones³³. No obstante el reconocimiento inicial del nuevo régimen por el empresariado, la tensión con la clase política alcanzó su máximo grado durante la experiencia republicana, produciéndose sobre todo la reacción de la minoría agraria y sus entidades asociativas. Los grandes propietarios y grupos financieros y empresariales, sin jugar un papel activo en la sublevación militar, apoyaron con entusiasmo al bando reaccionario porque no sólo les garantizaba los mecanismos tradicionales de maximización de beneficios (ya sea a corto plazo mediante la restauración de la propiedad y de las relaciones de producción existentes antes de 1931, o a medio y largo plazo con la aplicación de una política económica heredada en mucho de la iniciada a fines del siglo XIX), sino porque al fin y al cabo los valores ideológicos de los sublevados entroncaban con su trayectoria en buena parte autoritaria y corporativista., con su cosmovisión de la tradición y del orden social.

En efecto, fracasados los diferentes intentos corporativos bajo Primo de Rivera, el *nuevo Estado* adoptó una estructura corporativa y supraclasista distinta. Frente a la sindicación libre y la corporación obligatoria en el que se basó la regulación de las relaciones laborales y sociales durante la dictadura primorriverista, las relaciones socioeconómicas quedaron reguladas en el franquismo por la *Organización Sindical*, un solo sindicato dependiente del partido único, inspirado en los principios de unidad, totalidad y jerarquía. Pero si esta estructura corporativa en el sindicato vertical se diferenció puntualmente de la experiencia durante la dictadura de Primo de Rivera, ello no significa que se produjera una ruptura con la tradición anterior en las formas de representación orgánica. Así, la presencia política de los distintos grupos de interés en la dictadura franquista se acabó canalizando a través de la representación corporativa en las Cortes Generales del Reino desde 1942 (que mermaba la hegemonía formal de FET y de las JONS como único canal de presencia política en beneficio de instituciones basadas en la representación orgánica) y mediante el tercio sindical y el reservado a otras entidades en los ayuntamientos desde 1948. Ello fue sólo novedoso en parte respecto

³² LINZ, J. J.: «Política e intereses a lo largo de un siglo en España, 1880-1980», en PÉREZ YRUELA, M. y GINER, S. (eds.): *El corporativismo en España*, Barcelona, Ariel, 1988, pág. 85.

³³ Sobre este aspecto es necesario recordar, además de la obra de J. Velarde sobre la *Política económica de la dictadura*, reconocidas aportaciones como las de GUERRERO SALOM, E.: «La Dictadura de Primo de Rivera y el corporativismo», *Cuadernos Económicos de ICE*, n.º 10 (1979), págs. 11-132 y PERFECTO, M. A.: «Corporativismo y catolicismo social en la Dictadura de Primo de Rivera», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, Universidad de Salamanca, n.º 4, vol. II, 1984.

a la representación de intereses ya planteada en la dictadura primorriverista, que ni se trató de una innovación entonces ni fue una idea exclusiva de las nuevas formas del corporativismo, estando apoyada por asociaciones empresariales desde principios de siglo XX en la mejor tradición del nacionalismo económico. Asimismo, hay que destacar que poderosos grupos de interés financiero e industrial consiguieron evitar ser absorbidos por la Organización Sindical, creando, por ejemplo, sociedades anónimas. La autonomía empresarial y el control del sindicato vertical por industriales y propietarios agrarios propiciaron en realidad el aprovechamiento del engranaje corporativista y la práctica de una política de interés más acusada que nunca en España. De este modo, se ha llegado a caracterizar al régimen de dictadura como un modelo «corporativista a medias» o como «corporativismo estatal»³⁴, que fue utilizado por la elite política (parcialmente nueva) para establecer redes clientelares que la consolidaran desde el punto de vista político y para conseguir posiciones de poder económico.

En medio de este proceso de subversión política que afectó a la derecha española y a los sectores empresariales, hay que destacar la manifiesta debilidad del fascismo desde sus mismos orígenes en el período republicano, un aspecto que ha suscitado desde hace tiempo la atención de la historiografía. En un estudio pionero, Javier Jiménez Campo exponía los motivos que, a su juicio, explicaban el fracaso del proceso de fascistización de la sociedad española³⁵. Para este autor, un sector del conservadurismo pretendió respaldar sus proyectos contrarrevolucionarios mediante la consecución de una importante base de masas, instrumentalizando para ello a los grupos fascistas en el país como mostraban los acontecimientos en Alemania e Italia. En consonancia con la clásica interpretación del fascismo como expresión del radicalismo pequeño burgués, Jiménez Campo sostenía que la captación de amplios sectores populares fracasó fundamentalmente por la imposibilidad de atraer a las pequeñas burguesías urbanas debido a la debilidad de las clases medias en la sociedad española de los años treinta y a la asunción de los proyectos reformistas republicanos por una parte importante de las mismas. De este modo, las clases medias no rompieron su dependencia ideológica de las clases dominantes al no experimentar una sensación de «privación relativa» en sus expectativas económicas que, de lo contrario, les hubiera llevado a una crisis de identidad social y a la adopción de un discurso antiburgués. Así, como señalara Payne, Falange Española fracasó en su pretensión de movilizar una base significativa de apoyo, constituyendo el grueso de su militancia una reducida masa de estudiantes procedente de las clases medias, mientras que el partido sólo tuvo cierta presencia en Madrid, Valladolid, Santander, el área de Sevilla y Cádiz en la Andalucía occidental y

³⁴ La primera expresión puede verse en PÉREZ DÍAZ, V.: «Los empresarios y la clase política», *Papeles de Economía Española*, n.º 22 (1985), págs. 2-37, mientras la segunda es desarrollada en LINZ, J. J.: «Política e intereses a lo largo de un siglo en España, 1880-1980»... *op. cit.*

³⁵ JIMÉNEZ CAMPO, J.: *El fascismo en la crisis de la II República española*, Madrid, CIS, 1979, págs. 195 y ss.

algunos lugares de Extremadura³⁶. Por su parte, M. Blinkhorn ha ofrecido una explicación menos determinista del fracaso de los movimientos fascistas en España a partir de la comparación con el caso italiano³⁷. En primer lugar, señala que la dislocación económica y social de posguerra fue menos acusada que en Italia al permanecer el país neutral durante la Primera Guerra Mundial. Asimismo, y coincidiendo con la crisis del sistema de la Restauración, la clase media-baja urbana y la intelectualidad emergieron como los principales elementos de apoyo popular a la democratización y al republicanismo, mientras que la importancia del regionalismo y el nacionalismo hicieron que una parte importante de la pequeña burguesía catalana, vasca y valenciana optara por la vía democrática y anticentralista. Además, la pequeña burguesía conservadora menos afectada por el cambio económico, sobre todo en las pequeñas ciudades de Castilla, León y Aragón, estaba políticamente inmovilizada al quedar atrapada en la maraña del caciquismo y el catolicismo social. Finalmente, M. Blinkhorn observa que el fracaso de la dictadura de Primo de Rivera desacreditó la solución autoritaria, reforzando los anhelos democratizadores de la clase media-baja progresista, al tiempo que las clases altas y los sectores tradicionales de la clase media-baja y el campesinado vieron al Ejército como la «columna vertebral de la patria» en una situación de crisis.

3. FET Y DE LAS JONS Y LAS BASES SOCIALES DEL PODER FRANQUISTA

Con el inicio de la Guerra Civil, el crecimiento de Falange Española fue espectacular, puesto que una de sus funciones inmediatas en consonancia con la creciente militarización de la sociedad fue la movilización de voluntarios y de milicias a la línea del frente, así como para sostener el esfuerzo de guerra en la retaguardia. Tras la Unificación de abril de 1937, mediante la que Franco y el poder militar hicieron confluír en FET y de las JONS todas las fuerzas políticas que apoyaban la causa *nacional*, el partido único fue perdiendo peso, quedando limitado en sus actividades y burocratizándose en el ejercicio de labores rutinarias. En general, puede decirse que el significado inicial del acto de la Unificación demuestra que su función esencial y original fue la de neutralizar todas las

³⁶ PAYNE, S. G.: «Social Composition and Regional Strength of The Spanish Falange», en LARSEN, S. U.; HAGTVET, B. y MYKLEBUST, J. P. (eds.): *Who were the fascists? ...op. cit.*, págs. 423-434. Véase, de este mismo autor, *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965 (ed. or. en inglés de 1961) y *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997. Es necesario citar la biografía política de GIL PECHARROMÁN, J.: *José Antonio. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996 y la exposición de THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999 y de RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

³⁷ BLINKHORN, M.: «The Iberian States», en MÜHLBERGER, D. (ed.): *The Social Basis...op. cit.*, págs. 323-326.

fuerzas que habían apoyado la rebelión militar, como ponía de manifiesto el art. 5º de los Estatutos de FET y de las JONS del 4 de agosto de 1937. Sólo de forma secundaria y mimética se procuró una movilización extensa e intensiva de la sociedad bajo la demagogia y el populismo falangista, con discretos resultados de carácter puntual allí donde, en la primavera de 1936, Falange Española había conseguido movilizar a determinados sectores de la sociedad en medio de la radicalización de la violencia³⁸.

Así, el principal incremento de la afiliación a Falange se produjo después del estallido del conflicto civil y a lo largo de 1937 después de la Unificación. Los afiliados disminuyeron en los años siguientes, sobre todo a partir de 1942, con motivo de la depuración interna iniciada a finales del año anterior y coincidiendo con los primeros reveses de las potencias del Eje, de modo que desde entonces el partido único aglutinó entre 920.000 y 950.000 afiliados (cuadro 1). FET y de las JONS se había constituido así como un «partido de aluvión» al calor del estallido

CUADRO 1. Evolución de la afiliación a FET y de las JONS (1936-1962)*

	<i>n.º de afiliados</i>		<i>n.º de afiliados</i>
1936	35.630	1950	938.000
1937	240.000	1951	944.000
1938	362.000	1952	946.000
1939	650.000	1953	952.000
1940	725.000	1954	951.000
1941	890.000	1955	950.000
1942	932.000	1956	928.251
1943	925.000	1957	923.305
1944	922.000	1958	926.514
1945	908.000	1959	914.057
1946	934.000	1960	918.950
1947	933.000	1961	925.729
1948	941.000	1962	931.802
1949	940.000		

(*) Los datos ofrecidos eran aproximados, al menos hasta 1954, cuando se procedió a la reorganización del fichero de afiliados, dándose de baja a quienes había fallecido anteriormente o a las personas que pidieron dejar de pertenecer al Movimiento.

Fuente: BARDAVÍO, J.: *La estructura del poder en España. Sociología Política de un País*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones, 1969, págs. 117-118.

³⁸ La distinta realidad local del partido falangista entre los meses anteriores al golpe de Estado de julio de 1936 y la inmediata postguerra puede verse en LAZO, A.: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1997, estudio centrado en El Aljarafe sevillano (en cuya provincia FE tuvo una cierta implantación), y THOMÁS, J. M.ª: *Falange, Guerra Civil, Franquismo. FET y de las JONS de Barcelona en els primers anys del règim franquista*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, monografía referida al conjunto de la provincia de Barcelona.

de la guerra, siendo una estructura artificiosa que aglutinó no sólo a las fuerzas políticas que habían apoyado el intento de golpe de Estado, sino también a quienes con evidente oportunismo se dejaron arrastrar por las circunstancias excepcionales allí donde los rebeldes acabaron adueñándose del poder.

La estabilidad de la implantación original de FET y de las JONS por tales circunstancias es todavía más visible si se observa la distribución geográfica de su afiliación. Las cifras globales, según un resumen estadístico de diciembre de 1949 elaborado por la Delegación Nacional de Provincias de la Secretaría General del Movimiento (cuadro 2), corroboran el fracaso del partido único en la consecución de un apoyo masivo al *nuevo Estado* franquista. Los afiliados, que eran 986.793, sólo representaban el 3,4% de la población total del país (poco más del 7% si se tiene en cuenta la población masculina), sobresaliendo además la notable presencia de una categoría como los adheridos que, con un total de 324.516 afiliados, significaba casi el 33% del total. Pero más significativa era su implantación territorial, pues (como sucedía en aquellas provincias en las que el número de afiliados respecto a su población, y más concretamente el número de militantes, estaba por encima de la media nacional) coincidía aproximadamente con las zonas que, en el momento de la Unificación o en los meses siguientes, estaban controladas por las fuerzas rebeldes. Especialmente significativo es el caso de Navarra, con casi un 38% de afiliados entre la población masculina, que junto a la vecina Guipúzcoa constituían los principales reductos carlistas. Asimismo, destacaban las distintas provincias castellano-leonesas (Zamora, León, Burgos, Valladolid, Soria, Segovia, además de Logroño), las provincias de Zaragoza, Toledo o Badajoz, así como la Andalucía oriental, en especial Granada, además de Málaga.

CUADRO 2. Afiliación a FET y de las JONS en diciembre de 1949

	Afiliados				Total afiliados	% de la población de cada provincia
	Militantes	% de los afiliados	Adheridos	% de los afiliados		
Álava	2.879	91,8	258	8,2	3.137	2,6
Albacete	3.947	37,8	6.489	62,2	10.436	2,6
Alicante	17.994	97,1	532	2,9	18.526	2,8
Almería	4.716	22,8	15.941	77,2	20.657	10,7
Ávila	5.858	99,5	26	0,5	5.884	2,3
Badajoz	23.780	75,1	7.884	24,9	31.664	3,8
Baleares	11.459	61	7.321	39	18.780	4,3
Barcelona	18.066	37,9	29.563	62,1	47.629	2,1
Burgos	17.891	83,7	3.487	16,3	21.378	5,3
Cáceres	14.524	60,1	9.627	39,9	24.151	4,3
Cádiz	8.890	81,1	2.068	18,9	10.958	1,6
Castellón	10.606	57,1	7.975	42,9	18.581	5,6
Ciudad Real	2.811	11,7	21.205	88,3	24.016	4,1

Hispania, LX/2, núm. 205 (2000) 703-724

CUADRO 2. Afiliación a FET y de las JONS en diciembre de 1949 (cont).

	Afiliados				Total afiliados	% de la pobla- ción de cada provincia
	Militantes	% de las afiliados	Adheridos	% de los afiliados		
Córdoba	14.514	84,9	2.572	15,1	17.086	2,1
Coruña, La	7.214	84,5	1.322	15,5	8.536	0,9
Cuenca	7.294	69,5	3.196	30,5	10.490	3
Gerona	3.318	32,7	6.826	67,3	10.144	3
Granada	39.253	84,7	7.110	15,3	46.363	5,7
Guadalajara	5.129	42,9	6.829	57,1	11.958	5,8
Guipúzcoa	10.634	74,7	3.598	24,3	14.232	3,8
Huelva	13.678	61	8.746	39	22.424	6
Huesca	3.687	41,4	5.214	58,6	8.901	3,7
Jaén	8.847	44,2	11.158	55,8	20.005	2,4
León	17.681	83,7	3.430	16,3	21.111	3,9
Lérida	2.435	25,7	7.036	74,3	9.471	2,9
Logroño	13.250	99,9	17	0,1	13.267	5,7
Lugo	8.433	96,4	319	3,6	8.752	1,7
Madrid	20.026	40,5	29.468	59,5	49.494	2,5
Málaga	26.602	94,1	1.679	5,9	28.281	3,6
Murcia	5.945	35,1	11.017	64,9	16.971	2,1
Navarra	60.839	82,4	12.977	17,6	73.816	18,6
Orense	9.769	79,3	2.548	20,7	12.317	2,5
Oviedo	15.835	41,1	22.645	58,9	38.480	4,2
Palencia	6.196	86	1.013	14	7.209	3,1
Palmas, Las	10.221	84,3	1.904	15,7	12.125	3,3
Pontevedra	7.855	84,6	1.432	15,4	9.287	1,3
Salamanca	8.652	57,1	6.496	42,9	15.148	3,6
Stº Cruz Tenerife	6.444	92,7	504	7,3	6.948	1,6
Santander	5.350	26,6	14.790	73,4	20.140	4,9
Segovia	5.371	75	1.785	25	7.156	3,4
Sevilla	33.840	90,4	3.603	9,6	37.443	3,3
Soria	8.909	92,8	695	7,2	9.604	5,9
Tarragona	1.920	14	11.746	86	13.666	3,7
Teruel	4.242	48,4	4.517	51,6	8.759	3,6
Toledo	21.120	98,9	239	1,1	21.359	4
Valencia	23.612	85,8	3.906	14,2	27.518	2
Valladolid	16.605	98,6	228	1,4	16.833	4,7
Vizcaya	11.674	92	1.013	8	12.687	2,2
Zamora	16.376	94,8	889	5,2	17.265	5,3
Zaragoza	30.775	79,3	8.014	20,7	38.789	6,1
Marruecos (Ceuta y Melilla)	5.302	76,1	1.659	23,9	6.961	4,2
TOTAL	662.277	67,1	324.526	32,9	986.793	3,4

Fuentes: AGA, SP, c. 200 y *Anuario Estadístico de España*, Madrid, INE, 1950, pág. 47. Elaboración propia.

Esta situación de esclerosis del partido único una década después del final de la guerra civil corrobora la afirmación de que, desde sus mismos inicios, se convirtió en un «*coto cerrado para vencedores*», siendo una plataforma para quienes deseaban obtener privilegios³⁹. Pero hay que recordar que, donde triunfó la sublevación, no fue sólo consecuencia del azar, sino que buena parte de estas zonas había constituido la base política y electoral de la derecha conservadora y católica en el período republicano. En ellas, el *nuevo Estado* buscó desde el principio la colaboración política sobre todo de aquellos *propietarios* caracterizados por su *apoliticismo* y *lealtad*, como muy bien ilustra el Decreto del 5 de octubre de 1936, en el que se daban instrucciones para el desenvolvimiento de los cometidos del Gobernador General, señalándose en relación con la constitución de las Gestoras Municipales que:

«deberán integrarse por los mayores contribuyentes por rústica, industrial, pecuaria y utilidades, siempre que reúnan las características de apoliticismo y eficacia (...) Ello no obsta para que asimismo puedan ser llamados a tomar parte de dichas Gestoras cualesquiera otras personas que, en razón a sus actividades o por su significación personal, puedan estimarse como de leal e imprescindible cooperación, así como las representaciones de agrupaciones obreras que, por su ideología, puedan ser consideradas como afectas al movimiento salvador de España»⁴⁰.

La dictadura procuró buscar apoyos no sólo entre las formaciones políticas que, desde la derecha católica hasta la extrema derecha monárquica y nacionalista, habían secundado la rebelión militar de julio de 1936 (quedando muchos de sus miembros englobados en el partido único) y, una vez concluida la guerra civil, participaron en las instituciones del *nuevo Estado*, como fue el caso de las comisiones gestoras. Unos años más tarde, el análisis de los antecedentes políticos de los alcaldes nombrados y de los concejales electos tras las primeras «elecciones» municipales celebradas en 1948 muestra, además de la continuidad de tales apoyos políticos (FE, CEDA, Renovación Española y Comunión Tradicionalista principalmente), el predominio del colectivo calificado como *apolítico y de derecha*, integrado por individuos sin pasado político específico, muchos de los que aprovecharon la nueva situación después de la guerra civil para su provecho personal (cuadro 3).

El examen de la ocupación profesional (como aparece en el cuadro 4) muestra que la dictadura tuvo sus principales apoyos sociales entre pequeños y medianos propietarios agrarios (quienes representaban más del 55% de los cargos designados y electos), seguidos a bastante distancia de un sector de la clase media urbana, además de los empresarios.

³⁹ Véase CHUECA, R.: *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio de FET-JONS*, Madrid, CIS, 1983 págs. 187 y 189.

⁴⁰ BOE, 6-X-1936.

CUADRO 3. Antecedentes políticos de los alcaldes designados y los concejales elegidos en las elecciones municipales de 1948

	<i>Alcaldes</i>		<i>Concejales</i>	
	<i>Total</i>	<i>%</i>	<i>total</i>	<i>%</i>
Apolíticos	1.990	29,9	14.979	33,4
Derechas	1.366	20,5	13.076	29,1
FE	621	9,3	1.988	4,5
Acción Popular/CEDA	341	5,2	3.922	8,7
Comunión Tradicionalista	219	3,3	1.539	3,5
Renovación Española	586	8,8	261	0,6
otros	401	5,7	1.770	3,9
no consta	1.333	17	7.258	16,2

Fuente: AGA, SP, c. 200. Elaboración propia.

CUADRO 4. Ocupación profesional de los alcaldes designados y los concejales elegidos en las elecciones municipales de 1948

	<i>Alcaldes</i>		<i>Concejales</i>	
	<i>Total</i>	<i>%</i>	<i>total</i>	<i>%</i>
Propietarios	366	5,2	2.736	6
Labradores	3.960	57,1	27.527	59,4
Empresarios	637	9,1	5.356	11,5
Trabajadores agrarios y obreros	211	3	3.342	7,2
Comerciantes	215	3,1	1.605	3,5
Empleados	247	3,5	1.910	4,1
Profesionales	464	6,7	1.318	2,8
Maestros	207	3	786	1,7
Militares	64	1	153	0,5
Otros	573	8,3	1.555	3,3

Fuente: AGA, SP, c. 200. Elaboración propia.

Una línea interpretativa importante es la relativa a las diferencias generacionales en los apoyos sociales de la dictadura franquista. En este sentido, hay que señalar que el grupo de edad más numeroso entre los cargos designados y electos en las elecciones municipales de 1948 era el comprendido entre los 40 y los 49 años, que representaba aproximadamente el 35% del total, mientras que los cargos de más de 50 años de edad eran en torno al 31% del total. Se trata de un grupo, el más joven, cuya socialización política (sobre todo entre los 15 y los 20 años de edad) tuvo lugar coincidiendo con la creciente movilización política y la transformación de los repertorios de acción colectiva en España desde 1917. A partir de entonces, la huelga se convirtió en el mecanismo de movilización más utilizado en medio de la polémica entre reforma y revolución,

Hispania, LX/2, núm. 205 (2000) 703-724

mientras que el lento y progresivo desmoronamiento del sistema de control social de la Restauración produjo movimientos autónomos de defensa de los sectores conservadores y su apoyo a una solución autoritaria de la crisis del Estado liberal, como fue la dictadura de Primo de Rivera, procesos que condicionaron los comportamientos colectivos durante el período republicano⁴¹. En este sentido, es necesario recordar como la imagen de la revolución rusa de 1917 en España sacudió las conciencias de muchos españoles atrapados entre el mito revolucionario y el miedo, de modo que, en medio de la apatía de la mayoría, el cambio político de abril de 1931 dio paso rápidamente a una creciente radicalización que se manifestó en intentos de involución reaccionaria o en conatos de revolución social. El estallido de la guerra civil significó una ruptura en aquel contexto, que movilizó también a buena parte de quienes se habían caracterizado por su apoliticismo y acabaron haciendo de ello un aval de su lealtad a Franco. Pero la exclusiva experiencia de aquel acontecimiento extraordinario sólo marcó las actitudes políticas de una nueva generación de jóvenes menores de 30 años que apenas significaba el 6% de los cargos designados y electos en las elecciones municipales de 1948, si bien se puede incluir asimismo una parte de ese otro grupo de edad entre 30 y 39 años.

CUADRO 5. Edad de los cargos designados y electos en las elecciones municipales de 1948

	Total	%
Menos de 30 años	3.048	5,6
30-39 años	16.055	29,5
40-49 años	18.985	34,8
50-59 años	11.576	21,2
60-69 años	3.478	6,4
Más de 70 años	1.373	2,5

Fuente: AGA, SP, c. 200. Elaboración propia.

Este perfil sociológico se repite con algunos matices en la composición del partido único, como ponen de manifiesto las características de los jefes locales

⁴¹ Acerca de la transformación de los repertorios de acción colectiva y las nuevas formas de protesta en España, hay que citar CRUZ, R.: «Crisis del Estado y acción colectiva en el período de entreguerras 1917-1939», en *Historia Social*, n.º 15 (1993), págs. 119-136 y, del mismo autor, «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX», en *Historia Social*, n.º 31 (1998), págs. 137-152, así como PÉREZ LEDESMA, M.: «El Estado y la movilización social en el siglo XIX español», en CASTILLO, S. y ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (coords.): *Estado, protesta y movimientos sociales. Actas del III Congreso de Historia Social de España*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1998, págs. 215-231.

de FET y de las JONS a principios de los años cuarenta⁴². Así, la edad media entre los jefes locales del partido único en 1943 y 1944 era de 38 años, superando los 40 años de edad un lustro después cuando las primeras elecciones municipales, si bien el grupo de edad de menos de 30 años significaba el 19% del total entre estos dirigentes. De esta manera, la composición del partido único conoció en mayor medida la emergencia de una «elite alternativa», si bien de forma bastante limitada.

CUADRO 6. Edad de los jefes locales de FET y de las JONS cesados o nombrados en 1943-1944

	total	%
Menos de 30 años	542	18,9
30-39 años	1.160	40,4
40-49 años	745	26
50-59 años	326	11,3
60-69 años	85	3
Más de 70 años	10	0,4

Fuente: AGA, SP. Elaboración propia.

Por otra parte, si el grupo de quienes se declaraban *apolíticos, sin filiación* o simplemente *derechistas* continuaba siendo el más importante entre los jefes locales de FET y de las JONS, su peso relativo era sensiblemente menor que en las instituciones locales (en torno al 44%), mientras que lógicamente quienes habían militado en FE (en su mayoría con posterioridad a julio de 1936 o después de las elecciones de febrero de ese mismo año) tenían mucha mayor presencia, con algo más del 26% (cuadro 7).

Asimismo, la mayor parte de los jefes locales de FET y de las JONS eran pequeños y medianos propietarios agrarios, aunque menos que en las instituciones locales, situándose en torno al 30%. Se observa una presencia mayor de la pequeña burguesía urbana entre estos cuadros, tanto de la vieja clase media (pequeños comerciantes, artesanos y dependientes, que representaban cerca del 14%) como de la nueva ligada al desarrollo de los servicios y el Estado (con poco más del 13%). Entre esta última categoría, no deja de ser significativa la repre-

⁴² Conservadas entre los fondos del AGA, se trata de cerca de 2.900 fichas personales de los jefes locales del partido único que fueron cesados o nombrados en 1943-1944. A título indicativo, el número de jefes locales en todo el país era de 9.073 en 1962 (según recoge Joaquín Bardavío, *La estructura del poder en España...*, *op. cit.*, pág. 116), cifra que apenas había variado en el tiempo.

sentación de dos colectivos profesionales que sufrieron una exhaustiva depuración y de cuya lealtad dependía su seguridad laboral como eran los maestros y los empleados y funcionarios municipales (cuadro 8).

CUADRO 7. Antecedentes políticos de los jefes locales de FET y de las JONS cesados o nombrados en 1943-1944

	<i>total</i>	%
Apolíticos y sin filiación	872	34
Derechas	255	10
FE	680	26,5
Acción Popular/CEDA	234	9
Comunión Tradicionalista	240	9,4
Renovación Española	38	1,5
Otros	246	9,6

Fuente: AGA, SP. Elaboración propia.

CUADRO 8. Ocupación profesional de los jefes locales de FET y de las JONS cesados o nombrados en 1943-1944

	<i>Total</i>	%
Propietarios	115	4,1
Labradores	867	30,5
Empresarios	193	6,8
Trabajadores agrarios y obreros	111	4
Dependientes	137	4,8
Comerciantes y artesanos	398	13,9
Maestros, empleados y funcionarios municipales	380	13,2
Profesionales y estudiantes	342	12
Militares	46	1,7
Otros	255	9

Fuente: AGA, SP. Elaboración propia.

Si bien el perfil generacional y sociológico de una parte de los jefes locales de FET y de las JONS se aproxima al propio de las bases sociales de los partidos fascistas europeos, lo cierto es que el partido único fue más un instrumento de canalización política del apoyo de las elites conservadoras locales que un medio de movilización extensa e intensiva de la sociedad por una nueva generación de jóvenes dirigentes falangistas. La estrategia del *nuevo Estado* franquista fue ampliar principalmente sus apoyos sociales, sobre todo entre el amplio colectivo de pequeños y medianos propietarios agrarios, autoidentificados como

«de derechas» o «de orden», con cuyo universo simbólico se difuminó la ideología oficial del franquismo⁴³, convirtiéndose FET y de las JONS en un «partido de aluvión», engrosado por quienes con evidente oportunismo se dejaron arrastrar por las circunstancias excepcionales de la guerra y de la *victoria* en nombre de la «España eterna». Una realidad compleja y contradictoria que el acto político de unificación intento reducir al misterio de la «Santísima Trinidad»

⁴³ Es necesario citar al respecto aportaciones como las de VIVER PI-SUNYER, C.: «Aproximació a la ideologia del franquisme en l'etapa fundacional del règim», *Papers. Revista de Sociologia*, n.º 14 (1980), págs. 11-47; JIMÉNEZ CAMPO, J.: «Integración simbólica en el primer franquismo (1939-1945)», *Revista de Estudios Políticos*, Nueva Época, n.º 14 (Marzo-abril 1980), págs. 125-143 y, del mismo autor, «Rasgos básicos de la ideología dominante entre 1939 y 1945», *Revista de Estudios Políticos*, Nueva Época, n.º 15 (Mayo-junio 1980), págs. 79-117; y CHUECA, R. y MONTERO, J. R.: «Fascistas y católicos: el pastiche ideológico del primer franquismo», *Revista de Occidente*, n.º 223 (Diciembre 1999), págs. 7-24.